

La vida también se piensa

Así que tú te dedicas a la filosofía?”. Responder que sí, que uno se dedica a la filosofía, habitualmente genera sorpresa, curiosidad o extrañeza. “¿Todavía hay gente que se dedica a eso? ¿De qué vivirá?”. Debo confesar que siempre me da reparo decirlo con estas palabras (“sí, me dedico a la filosofía”), porque más bien considero que he tenido la fortuna de poder emplear horas en el estudio de esta disciplina, su historia y sus protagonistas –lo que, obviamente, no convierte a uno en experto en nada–.

¿Por qué darle tiempo a la filosofía? Porque la vida también se piensa.

Uno de los símbolos de la filosofía es el

mochuelo de Minerva, que, como dijo Hegel, echa a volar cuando llega el ocaso, tras el día, al cernirse la calma de la noche. Lo mismo se desprende del famoso adagio de los clásicos: primero vivir, luego filosofar. Así que la filosofía desempeña un papel insustituible para hacer que la vida se convierta en un proyecto existencial. Sin ella, la experiencia humana queda a medio camino, al albedrío de los acontecimientos.

Solamente se puede vivir si también se piensa, si se es responsable de la propia existencia, en el sentido del *respondere* latino, que es el de ser capaz de dar respuestas. Pero conviene no olvidar que *philosophia* es un sustantivo que remite a una aspiración: ser amigo de la sabiduría. Así que se presupone que no se es sabio, a diferencia de los sofistas, que se tienen por poseedores y administradores de la so-

phia. Quien filosofa habita en el amplio espacio que media entre la ignorancia y el conocimiento, y sobre la certeza de que siempre habrá preguntas que quedarán por responder.

Que últimamente se haya detectado un creciente interés por la filosofía viene a confirmarlo. Jóvenes y no tan jóvenes encuentran en la historia del pensamiento pretérito y contemporáneo reflexiones que les interpelan. ¿Cómo es eso posible? ¿Y más en plena eclosión de las teorías transhumanistas? Por lo menos por dos motivos: primero, porque todos vivimos, luego todos filosofamos; y segundo, porque lo realmente extraño es que se considere tan sorprendente interesarse por la filosofía, así como por las humanidades en general. Eso sí que constituye todo un síntoma de los tiempos.●